

EL PRESENTISMO EN EL ESTADO AUSENTE

El premio por presentismo termina convirtiéndose en una fruta amarga. Esas presiones generan consecuencias en el cuerpo de los trabajadores. Las imágenes de Tiempos Modernos de Charles Chaplin parecen no haber perdido vigencia.

Horacio Fiebelkorn

Nació en La Plata, Provincia de Buenos Aires, en 1958. Es poeta y periodista. Fue coeditor del tabloide de poesía

La Novia de Tyson en los años noventa. Entre sus libros de poesía se destacan *Elegías* (2008), *Tolosa* (Eloisa Cartonera, Buenos Aires 2010), *Pájaro en el palo. Antología personal* (Civiles Ilustrados, Maldonado, Uruguay, 2012), *El sueño de las antenas* (Ediciones Vox, Bahía Blanca, 2013) y *La patada del chancho* (Zindo & Gafuri). En 2016 editó *Cerrá cuando te vayas* (Club Hem Editores), su primer libro en prosa.

Preguntas al pie de la cama

E Ir o no ir: no hay mucho tiempo para tomar una decisión. Levantarse o seguir en la cama. ¿A partir de cuántos grados es fiebre? ¿Cómo se mide el “sentirse mal”? ¿Qué puntaje en la escala de la náusea indica que es mejor quedarse en casa y no ir a trabajar? Esta tos ya suena a bronquitis, el dolor de garganta se acerca a la faringitis y la fiebre se parece bastante al inicio de una gripe.

Demasiadas preguntas para una sola cabeza en pocos minutos. Aunque a veces, el interrogante decisivo pasa por otro lado: ¿cuánto dinero de menos se cobrará a fin de mes, si se pierde el presentismo por faltar?

En términos colectivos, la pérdida de ese plus es el único motivo que puede llevar a un trabajador a concurrir, enfermo, a su empleo. Lo que se da en llamar “presentismo patológico”.

Adictos y no tanto

La cuestión del “presentismo patológico” cambia de contexto según la orientación económica del gobierno en curso. Hacia el 2008, por ejemplo, se concentraba más en los *workaholics*: gente que no puede parar de trabajar, dondequiera se encuentre. La perspectiva también se modifica desde el sector empresario.



Tiempos Modernos. Charles Chaplin (1936).

Para la consultora Momento Cero, el presentismo en las empresas “es un problema de salud”. En un informe difundido en abril de este año, destaca que “el presentismo laboral es una suerte de presencia en ausencia, el trabajador está en el lugar físicamente, pero su mente está ocupada resolviendo problemas personales, por lo que su desempeño y efectividad decae considerablemente, incluso muchas veces generando trabas en vez de soluciones. Esto provoca una pérdida de productividad para la empresa en cuestión”.

El informe se hace cargo, parcialmente, de que “en la mayor medida los empleados concurren al trabajo por miedo a perder su empleo”, pero pone su mayor énfasis en que “también concurren por otras razones, como para salir de su preocupación por un rato, por cultura o educación, por temor a recibir un llamado de atención”.

Sin entrar en detalles sobre el concepto de “productividad”, que no suele ser nunca explicado por el sector empresario, el informe parece deslizar la idea de que hay gente que trabaja para no aburrirse o no angustiarse, y no para ganarse la vida.

Por otra parte, el miedo a perder el empleo suele ser fogueado por las propias patronales ante cualquier reclamo de mejoras: “si no te gusta este trabajo, pensá que afuera hay una cola larga de personas que querrían tu puesto”. Como sea, la evaluación negativa del “presentismo” en el sector privado se afirma en una ecuación de rentabilidad, ya que, según el informe mencionado, genera a las empresas más costos que beneficios, y cita como ejemplo, a su vez, los datos de otro informe, procedente de USA, según el cual “tener personas trabajando enfermas cuesta a las compañías de Estados Unidos alrededor de 150 billones de dólares”. Así planteado, invita a pensar que, con echar a la calle al personal enfermo, el “problema” se terminaría.

El Estado

Con todo, por donde se lo mire, el presentismo parece no tener buena prensa en el sector privado: no les estaría funcionando como estímulo posible.

Y el premio en metálico para la asistencia perfecta está muy cerca del galpón de las herramientas inservibles. Siempre según el criterio de “productividad”, que a lo sumo se limita a una cuestión de “producir más en igual periodo”

Si no funciona en el sector privado, ¿qué mejor que implementarlo en el Estado? Ese parece ser el razonamiento de la gestión que arribó en diciembre del 2015: si algo se puede hacer mal, hay que hacerlo mal. O incluso peor.

Así fue como en abril el Gobierno nacional estableció un nuevo régimen para controlar las inasistencias en el sector público. La idea, se dijo, es avanzar en un sistema biométrico unificado. Sólo con el pulgar, quedará el registro de ingreso y egreso de los empleados en sus reparticiones.

El miedo a perder el empleo suele ser fogueado por las propias patronales ante cualquier reclamo de mejoras: “si no te gusta este trabajo, pensá que afuera hay una cola larga de personas que querrían tu puesto”.

“Corresponde estandarizar procedimientos -se afirmó en el Boletín Oficial- para facilitar la correcta administración documental y reforzar el control, tanto para la administración como para los agentes”.

La nueva normativa agrega que “los directores nacionales, generales o sus equivalentes” de cada área serán los responsables del registro de asistencia y del cumplimiento del horario.

Esos funcionarios deberán llevar “información detallada del personal y los horarios de ingreso y egreso de cada agente”, además de remitir esos datos periódicamente al área de recursos humanos de cada ministerio.

El plan tendrá aplicación sobre los más de 300 mil trabajadores de la administración pública nacional y



fue parte del acuerdo paritario que suscribió UPCN. En dicho acuerdo el gremio aceptó un 20% en tres tramos y un adicional por presentismo de 1300 pesos mensuales que se medirá y se pagará por cuatrimestre. Según evaluó la CTA, “en números, una inasistencia en cuatro meses significará 5200 pesos menos en el ingreso del trabajador que, incluso de no faltar jamás, no sumará ese monto en su salario básico”.

El acuerdo paritario no fue suscripto por ATE, ya que el convenio no contempla las licencias por enfermedad.

Volvemos al principio: 5200 pesos menos en el bolsillo de cualquier asalariado, se hacen sentir a la hora de planificar los gastos en el hogar.

Para Flavio Vergara, miembro del consejo directivo de ATE Nacional, “estamos absolutamente de acuerdo con que la gente debe estar presente en su lugar de trabajo, pero queremos un Estado presente. Y un Estado presente no se construye a partir de meterle presión a la gente, para que tenga que ir a trabajar enferma disminuyendo enfermedades, lo que se agrava en el caso de los trabajadores de los hospitales. Ni para que tenga que dejar a los hijos enfermos en la casa porque necesitan el mango”.

La lógica flexibilizadora del sector privado quiere abrirse paso en el Estado, y nadie atina a explicar coherentemente en qué consistiría la “productividad” en la administración pública. “Es muy básico -agrega

Vergara- porque está vinculado solamente a los trabajos administrativos, y el Estado tiene una cantidad y variedad de funciones que no se pueden medir con los indicadores que ellos imaginan. La productividad es que el Estado sea eficiente, y la eficiencia es poder atender a la gente y solucionarle sus problemas, no ponerles marcadores”.

De eso parece tratarse: de lograr un Estado que no sólo deje de resolver los problemas de la población, sino que incluso los agrave. Un informe de la Fundación Soberanía Sanitaria, a partir de datos de la UNICEF, subraya que, sólo en la ciudad de Buenos Aires, durante 2016 murieron 36 bebés menores de un año más que en 2015.

Los principales factores, según dicho informe, son la pérdida de poder adquisitivo de los sectores más vulnerables, la reducción del presupuesto nacional en salud y la desarticulación de programas sanitarios nacionales como el Remediar, el Plan Qunita y la asistencia médica de ACUMAR en los barrios cercanos al Riachuelo.

Los programas cancelados no parecen encajar en una lógica que se limita a ver el Estado como un simple ámbito administrativo, lleno de "vagos".

La peste

Despidos de a miles, caída del salario, desmantelamiento de programas de salud. Un documento de la Universidad Católica Argentina asegura que ha crecido el malestar psicológico en la población sumergida en la pobreza estructural. Depresión, ansiedad y la sensación de que nada puede hacerse para modificar su situación.

Los que aún tienen empleo, mientras tanto, se enferman como cualquiera, pero ya no deciden fácilmente tomar licencia: es menos dinero, en tiempos en que el dinero escasea para la gente de a pie.

Alicia Stolkiner, licenciada en psicología y docente en la UBA y en la Universidad de Lanús, explicó en su muro de *Facebook* lo que significa, actualmente, “presentismo patológico”: “Es cuando se asiste a trabajar a pesar de que eso pone en riesgo no solo la salud propia sino la de otros. Es lo que sucede cuando un maestro/a, para no perder la bonificación por presentismo, indispensable en época de salarios flacos, toma un antigripal y se va dar clase desparramando los virus o bacterias en un curso de varias decenas de niños”. Stolkiner dio en el último invierno un ejemplo de su propia cosecha: “A pesar de tener ya síntomas, me fui a cumplir una actividad laboral y tomé el subte en hora pico... a alguien debo haber contagiado. Pese a eso, los economistas que nada saben de epidemias y sí de aumentar la productividad, se deleitan con los premios al presentismo

(que se pierden aún cuando se faltó por enfermedad) y los laboratorios nos proponen medicamentos maravillosos que nos permiten ir a trabajar, aunque estemos enfermos, favoreciendo el contagio de los otros. Así hemos llegado en la Ciudad de Buenos Aires a una epidemia de infección respiratoria o “gripe” muy notoria de la que no se habla, ni se hace mención alguna.

¿Quién se siente a salvo de todo esto, además de las personas que toman las decisiones que afectan la vida de millones?

Los que aún tienen empleo, mientras tanto, se enferman como cualquiera, pero ya no deciden fácilmente tomar licencia: es menos dinero, en tiempos en que el dinero escasea para la gente de a pie. Hay que concurrir, enfermo, al empleo. Es lo que se llama “presentismo patológico”.

Si en el campo de la salud mental se abordan los “consumos problemáticos” como las drogas y el alcohol, sería oportuno quizás incluir en ese rubro al consumo de una sustancia tóxica que se difunde a través de casi todos los medios de comunicación. Una adicción que no aparece en las cartillas oficiales y que deriva en un estado de indiferencia alucinada, tal como lo describió en su momento Albert Camus en su novela *La peste*:

“Nuestros conciudadanos no eran más culpables que otros, se olvidaban de ser modestos, eso es todo, y pensaban que todavía todo era posible para ellos, lo cual daba por supuesto que las plagas eran imposibles. Continuaban haciendo negocios, planeando viajes y teniendo opiniones. ¿Cómo hubieran podido pensar en la peste, que suprime el porvenir, los desplazamientos y las discusiones? Se creían libres y nadie será libre mientras haya plaga”. ■